

“LAS TRAMPAS DE LA EXCLUSIÓN. TRABAJO Y UTILIDAD SOCIAL” (1)

Sandra M. Buccafusca

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

sbuccafusca@hotmail.com

Este breve texto del sociólogo francés Robert Castel (2) reúne seis artículos seleccionados especialmente para el público argentino. Si bien en ellos, el lector no encontrará más que una continuidad de la perspectiva que Castel tiene acerca de las relaciones del trabajo, no significa que –merced al tratamiento que le otorga- le puedan pasar desapercibidos, más bien todo lo contrario. Castel, que narra prolijamente en primera persona, se vuelve provocativo en cuanto a las conclusiones a las que arriba y crítico del lugar que ocupan los intelectuales en relación con el compromiso social.

Lamentablemente, la obra no ofrece en la Introducción el marco en el cual fueron elaborados los artículos, de modo que el lector deberá recurrir a conocimientos previos o a otras fuentes de información para deducir o suponer cuándo, dónde y para quién fueron escritos cada uno de los capítulos.

Como es de esperar, la problemática que atraviesa los artículos y que se convierte en hilo conductor de la totalidad del texto, es el trabajo que será abordado desde una perspectiva si se quiere durkheimiana, puesto que sin negarle condiciones estructurales de explotación y enajenación, se lo reconoce -desde las relaciones laborales- un principio de solidaridad que da cuenta, al mismo tiempo, de una particular construcción identitaria: el trabajador salariado, y de la consolidación de lazos sociales: la sociedad salarial.

Su discurso si bien va a estar matizado, con diferentes énfasis, por múltiples abordajes debido a la complejidad del concepto trabajo, deja ver claramente su posicionamiento político en términos de la elección que hace respecto de un particular tipo de sociedad, de una particular forma de Estado y de una particular manera de pensar al mercado.

En este sentido es posible vincular el primer capítulo con el último ya que en el primero: “*La sociología y la respuesta a la demanda social*” lo que Castel plantea, desde una perspectiva por demás provocativa, fundamentalmente para la -tal vez mal llamada- comunidad sociológica, es que el intelectual de hoy no responde a las demandas sociales sino que trabaja o para desarrollar proyectos ajenos (a él, a la disciplina y a los intereses sociales) o para comprender y dar respuesta a problemáticas que interesan sólo a los eruditos, alejándose de lo que debería ser objetivo principal de la Sociología, que es hacerse cargo de las preocupaciones de la gente común. En tal sentido, se amina a decir que aquellas investigaciones que no estuvieran marcadas por la demanda social, pueden ser consideradas investigaciones pero no pueden ser adjetivadas como sociológicas.

Evidentemente, se puede coincidir o no con planteos tan francamente tajantes, pero no se les puede negar un posicionamiento que reúne ética con compromiso. Cuando Castel se pregunta: ¿de dónde sacaría la Sociología las preguntas que se plantea sino de la sociedad?, está haciéndose cargo de lo que denomina puritanismo sociológico, esto es la subestimación de las competencias de otras miradas sociales, como la del campo periodístico e incluso la de la opinión pública por entender que se constituyen en discursos dominantes deformados o simplificados.

Castel continúa provocando cuando asegura que la demanda social no es exactamente lo que reclaman los funcionarios públicos dedicados a la asistencia social, sino lo que expresan los silencios de aquellos que naturalizaron el mal destino que les toca vivir.

Desde esta misma lógica, en el último capítulo: “*La crítica al mercado*”, plantea la necesidad de clarificar qué es lo que se critica, si su funcionamiento o su existencia, y propone para ello dar un salto cualitativo que lo sitúa al interior del debate, en un lugar incómodo puesto que lejos de negar al mercado lo reconoce, no sólo, como producto de la Modernidad democrática sino como impensable de pensar sin él el futuro de la humanidad, salvo que ella esté decidida a retroceder hacia formas de organización premodernas.

Una definición tan en blanco y negro, como la mayoría que se hallarán en este texto, no puede más que llevar a la reflexión del lector, quien tras la lectura de algunos párrafos seguramente se enojará primero y asumirá después –aunque siga disintiendo- que no es común por estos tiempos encontrar a un intelectual reconocido anclándose en un modelo que autodenomina social-demócrata al que defiende no por bueno sino porque representa el mal menor para resistir las tendencias hegemónicas del mercado.

Sigue esta línea tanto en el capítulo “*Trabajo y utilidad en el mundo*” en el cual elabora diversas reflexiones acerca del lugar histórico que ocupa el derecho del trabajo para construir nuevas regulaciones, que colaboren en la superación de las actuales condiciones de empleo, en términos de flexibilidad y precariedad, habida cuenta que el modelo liberal no está en condiciones de

ser superado. Como también en el capítulo *“La elección del Estado Social”*, en el cual hace referencia a la necesidad de reconstruir la cohesión social a partir de que el Estado vuelva a reconocer su acción como esencialmente política. Dice Castel que sólo a través de su participación como garante de un régimen de protecciones sociales para el trabajador, podrán reducirse los altos niveles de arbitrariedad que surgen de la relación capital/trabajo. En este sentido, el trabajador, se podrá considerar individuo sí y solo sí, tal como plantea en el capítulo *“Individualismo y Liberalismo”*, dispone de soportes, protecciones y participaciones en solidaridades colectivas ya que estas son las que forman una matriz sobre la que el individuo despliega sus márgenes de autonomía.

El sociólogo francés va a insistir durante toda la obra en la necesidad de recomponer el paradigma de la sociedad salarial, y la va a justificar desde diversas perspectivas, aunque todas girarán en torno de una mirada fuertemente crítica en relación con las últimas transformaciones en el mundo del trabajo y de la producción. Así es que en el capítulo que da nombre a toda la obra *“Las trampas de la exclusión”*, Castel logra coagular el eje sobre el que se articulan cada uno de los textos: la necesidad teórica de repensar y redefinir el concepto de exclusión, pero no como efecto de un vicio epistemológico o por narcisismo cientificista sino para que impacte en la realidad empírica. Para Castel es imprescindible llamar a las cosas por su verdadero nombre. En este sentido va a renegar del concepto de exclusión por inclusivo, porque homogeiniza situaciones que ameritan la divergencia, porque naturaliza la precariedad, porque si bien reconoce que efectivamente en la actualidad hay sujetos “in” y sujetos “out”, ni habitan diferentes mundos, ni nacieron en dicha condición.

Esta mirada reconoce en el llamado “excluido” (bien un desocupado, un discapacitado, un viejo demasiado viejo para trabajar, un joven demasiado joven para trabajar) una incapacidad personal previa que lo instala por fuera de un circuito formal. Castel se sitúa en la antípoda de esta reflexión porque va a reconocer que la invalidación nace y es promovida por una determinada coyuntura, por una determinada definición de orden político. Visto así, el concepto de exclusión se vuelve una trampa que oculta situaciones y condiciones que dan cuenta del resquebrajamiento que caracteriza a la sociedad hoy.

Lo que va a plantear Castel -con una claridad admirable- es que hablar de exclusión autonomiza situaciones que pierden su real sentido si no se las contextualiza, si no se las analiza al interior de una trayectoria laboral y social. Este aislamiento situacional promueve la falsa idea que describe al excluido como un sujeto marginado desde siempre, cuya situación se reproducirá, irremediable y naturalmente, de generación en generación.

Por el contrario el planteo del francés va a ser el siguiente: para comprender la exclusión, aun más, para comenzar a superarla, es imperioso analizar los llamados factores de exclusión que se encuentran, no en la periferia social, sino en su núcleo. Es este núcleo el que genera un modelo que construye una forma de discriminación negativa que responde a reglas, a protocolos.

En definitiva lo que hace Castel es atreverse a pensar la exclusión como una forma de discriminación positiva que se expresa a través de políticas públicas, que si bien apuntan a salvar la emergencia de aquellos más desprotegidos, no resisten el más mínimo análisis sociológico dado que los efectos que comúnmente provocan es que hacen devenir culpable a la víctima, y por lo tanto, todo lo que se vincula con políticas de inserción terminan reducidos a programas que se vuelven funcionales para mantener en *status quo* a los sectores de población que se encuentran en un alto grado de dificultad. Pero además dirá Castel, se les otorga rápidamente categorías estigmatizantes que -junto con las prácticas económicas- imposibilitan su reintegro al régimen regulado de trabajo.

Para finalizar, lo que parece importante rescatar es que en este pequeño libro el sociólogo francés logra reunir y coagular todo su pensamiento social, dándole un tono agradable a la lectura de estos seis artículos que lo muestran científico riguroso, pero también sujeto político, permitiendo que se articulen un discurso analítico con un discurso que reclama -desde la indignación a veces y desde un *mea culpa* otras- que se adopten medidas a la vez urgentes y estructurales contra “la miseria del mundo”.

(1) Robert Castel. *“Las trampas de la exclusión. Trabajo y utilidad social”*. Colección Fichas del siglo XXI. Topía Editorial, Buenos Aires, 2004. 86 páginas

(2) Director de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales y autor, entre otros, del texto *La Metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado* (Editorial Paidós, México, 1997).